

EL HUMORISMO COMO SÁTIRA SOCIOPOLÍTICA EN EL QUIJOTE

Ludovik Osterc

El humorismo es uno de los poderosos recursos literarios puestos a servicio del complejo mecanismo de la genial novela cervantina. Divertir a los lectores no fue el fin principal de Cervantes, como se ha pretendido tanto tiempo. Valióse de tal medio, en primer lugar, como de cebo para atraer la curiosidad del lector al fondo de su creación, y para mitigar el filo de su dardo satírico.

Los matices del humorismo de la obra son muy variados, van desde la más leve ironía y juegos de palabras, hasta las más punzantes sátiras, pullas y anécdotas picantes. La más usual es la ironía. Un típico ejemplo de ironía empleada para suavizar la crítica social, lo constituyen las palabras de nuestro autor que, por boca de la dueña Dolorida, suelta en contra de la vida poco ejemplar de las monjas, que se permitían tener galanes, cuando dice:

Que mal heya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero a, ser monja que a dueña. (II, 40)

En el episodio del cuerpo muerto hay un juego de palabras que tiene asignado el mismo papel. Se trata del momento en que uno de los sacerdotes derribados al suelo, a quien don Quijote explica su oficio consistente en andar por el mundo para, enderezar tuertos y deshacer agravios, replica al caballero andante:

No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos - dijo el bachiller -, pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida, y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que quedaré agraviado pare siempre. (I, 19)

Cervantes gusta del chascarrillo, o el cuentecillo salado con alguna pulla de carácter social, moral o político, que suele lanzar después de un discurso de ideas muy elevadas para contrastarlo. Tal acontece, por ejemplo, en la conocida historia que don Quijote narra a Sancho a fin de hacer resaltar la gran diferencia que existe entre el amor platónico y el amor carnal. Dicho cuento reza como sigue:

... una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo. Alcanzólo a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal

reprehension : "Maravilloso estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: Este quiero, aquéste no quiero" Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: "Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más que Aristóteles." Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. (I, 25)

Pero su arma humorística más poderosa es la burla que maneja con destreza magistral. Con mucha razón escribe Paul Hazard, el notable crítico francés: "En la época del Renacimiento, la burla es un arte social", y prosigue : "Cervantes señalará a la burla un puesto de honor, y le conferirá proporciones épicas." Este hecho se manifiesta singularmente en el ciclo de episodios que suceden en el castillo ducal, donde abundan burlas en las que corre a raudales la desbordante fantasía de Cervantes. Las tales burlas, empero, en contra de la opinión de la mayoría de los cervantistas conservadores, no tiene el fin de burlarse de los mentecatos y de humillarlos, sino de presentar la vaciedad de la vida aristocrática de aquel tiempo. De ahí las contraburlas de Sancho, de cuyo profundo significado satírico ninguno de los críticos literarios de categoría se ha percatado.

Esto es evidente en la aventura de la condesa Trifaldí, especialmente en el episodio de la ascensión de Clavileño, donde la actuación de Sancho llega a ser una verdadera contraofensiva, o manera de burla mucho más ingeniosa que todas las de los duques, con la que se mofa decorosamente de ellos, al relatar su presunto pastoreo de las estrellas durante su supuesto viaje aéreo. En la primera de las escenas, por ejemplo, Sancho anticipándose a su amo en responder a las palabras de la condesa Trifaldí, remeda su lenguaje rebuscado, repleto de superlativos oportunos e inoportunos, propio de la afectación de los nobles:

- El Panza ... aquí está y el Don Quijotísimo asimismo; y así, podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieridísimis; que todos estamos prontos y aparejadísimos a ser vuestros servidorísimos. (II, 38)

En el esgundo de los dos episodios, Sancho hace un verdadero alarde de su sana e intencionada socarronería. Al dar en la cuenta de que los duques se burlaban de él y su amo, haciéndoles creer que volaban por el aire montados en el caballo de madera con ojos vendados, cuando en realidad no se movían del suelo, el escudero preguntado por la duquesa, al terminar la hazaña, acerca de lo que había visto durante el vuelo, inventa el cuento de su presunto entretenimiento con las cabrillas. La burla de Sancho se basa en un ingenioso juego de palabras que consiste en lo siguiente: Las Cabrillas, llamadas también las Siete Cabrillas, son estrellas de la constelación zodiacal del Toro, con el nombre científico de Pléyades. Antes de la invención del telescopio se consideraba que las había alrededor de doce pero, a

simple vista se pueden distinguir claramente sólo siete. De ahí, el nombre que les dio el pueblo de España: las Siete Cabrillas. Ahora bien, para entender la burla, se debe tener presente que en el jardín, donde se sitúa la escena, había según Cervantes...

hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos... Tras ellas venia la Condesa Trifaldi... (II, 38)

El número de las dueñas coincide, evidentemente, con el número de las estrellas. Mas, Sancho, relatando su presunto vuelo dice que al llegar a la región del fuego, no pudo menos de alzar un poco la venda que le tapaba los ojos, y viendo que iban junto al cielo "por parte donde estaban las siete cabrillas" (II, 41), se apeó de Clavileño y se entretuvo con ellas. Aquí tenemos la primera alusión a las dueñas que estaban en el suelo.-Y, ¿cómo pudo ver sólo siete, si las dueñas eran aproximadamente doce? Pues, porque estaba sentado él mismo dice a mujeriegas, y por lo tanto, no le era posible ver más de la mitad de ellas, y la condesa. Y para desvanecer toda duda al respecto, tras de haber referido los colores de las cabras celestes, o sea dos verdes, dos encarnadas, dos azules y una mezclada, a la observación del duque de que no hay cabras de tales colores en la tierra, Sancho le hunde diciendo: "Bien claro está eso ... sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo a las del suelo."

Recordemos que el color más frecuente de las cabras (en España) es el blanco, y que las dueñas eran vestidas "de unos monjiles anchos, al parecer, de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que sólo el ribete del monjil descubrían." (II, 38)

Pero, hay aún más. Como para indicar con más claridad que el látigo de su sátira estaba dirigido contra todos los presentes, inclusive los duques, Cervantes pone en boca del duque la siguiente pregunta a Sancho:

Decidme, Sancho... ¿vistes allá entre esas cabras algún cabrón? No, señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. Después de lo cual, el autor se apresura a añadir que los duques no quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos y dar nuevas de cuanto allá pasaba sin haberse movido del jardín. (II, 41)

La pompa real viene satirizada con menosprecio por parte de Teresa Panza, mujer de Sancho, en la carta que envía a su marido, ya gobernador de la ínsula Barataria, y en la cual le refiere novedades del lugar del siguiente modo:

...la Berrueca casó a su hija con un pintor de mala mano, que llegó a este pueblo a pintar lo que saliese; mandóle el Concejo pintar las armas de Su Majestad sobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados; diéronselos adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba a pintar tantas baratijas... (II, 52)

La vanidad de los Grandes es otro de los defectos puestos en solfa por el gran escritor. Así por ejemplo, en la sabrosa plática que el caballero sostiene con su escudero acerca de los requisitos para poder lucir el título de conde, Sancho con su zumba mordaz, arremetiendo contra los altos nobles que bajo la ostentosa vestimenta ocultaban su vaciedad interior, apunta:

Digo que le /el título/ sabría bien acomodar, porque por vida mía que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues, ¿qué será cuando me ponga un ropón ducal a cuestras, o me vista de oro y de perlas, a uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir a ver de cien leguas.

Al llevar adelante la mofa de los grandes aristócratas, durante este mismo episodio, el escudero, decidiendo tomar en su servicio un barbero, que andaría tras él, con un chispeante juego de palabras, parodia la costumbre de la nobleza española que se hacía acompañar, siempre y en todas partes, por una cola de pajes, lacayos, caballeros y escuderos holgazanes:

Los años pasados estuve un mes en la Corte, y allí vi que, paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande, un hombre le seguía a caballo a todas las vueltas que daba, que no parecía sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro. Respondiéronme que era su caballero, y que era uso de grandes llevar tras sí a los tales. (Ibidem)

En el mismo orden de ideas considero la descripción de los supuestos cabecillas de los ejércitos de carneros y ovejas (I, 18), puesto que constituye una ingeniosa burla de los encumbrados que acostumbraban proveerse de nombres kilométricos y rimbombantes que rayaban en lo ridículo, y en la mayoría de los casos designaban sacos rotos, así como de un montón de cachivaches pintados en sus armas. Tales nombres son, por ejemplo, el del valeroso

Laurcalco "Señor de la Puente de Plata"; del temido Micocolombo, gran Duque de Quirocia...del jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya...que trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: Miau..., etcétera.

Pasemos, ahora, a la posición que Cervantes fija respecto a los gobernantes de su tiempo. Y para entenderlo mejor, es preciso exponer con unas cuantas palabras la situación que en este aspecto privaba en la patria de nuestro autor.

Cuando éste escribía su obra cumbre, la decadencia política de España había exhibido esos síntomas tan repulsivos de ignominiosa putrefacción que presentaba el imperio turco en sus peores tiempos.

Enriquecerse y repletarse de oro era la única mira de aquellos políticos, y para conseguirlo, no reprobaban en medios. Los que lograban algún empleo en la administración sólo procuraban sacar de él el mayor provecho posible, pues nunca estaban seguros de poder contar con el día de mañana, ni saber si vendría quien les sustituyera. Hay varios episodios de la obra en los que el autor reprende esta fiebre

de oro de los gobernantes de aquellos tiempos en son de burla de los mismos. Así, por ejemplo, don Quijote, al consolar a Sancho, que se quejaba de la manera inhumana con que fue echado del gobierno, lanza una pulla contra los gobernadores diciendo:

Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón, y si sale pobre, que ha sido un parapoco y mentecato. (II, 55)

Así pues, teniendo presente la amargura con que Cervantes veía cómo la gente venal y corrupta se apoderaba de los puestos de bulto en el mecanismo de Estado, mientras que a él, Príncipe de los Ingenios Españoles, se los negaban, no puede causar asombro, si en su novela fuesen blanco de las burlas más despiadadas precisamente los gobernadores y los alcaldes, comparándoles a veces, con los mismos asnos. Efectivamente, en el gracioso coloquio que don Quijote, su escudero y Sansón Carrasco sostiene en los primeros capítulos de la segunda parte, se dialoga sobre la idoneidad de Sancho para el Gobierno de la prometida Insula, cuando el escudero exclama:

- Gobernadores he visto por ahí... que a mi parecer, no llegan a la suela de mi zapato y, con todo eso, los llaman Señoría, y se sirven con plata. (II, 3)

Sancho vuelve al mismo tema, cuando en la amena plática con la Duquesa sobre su preocupación por el burro, aquélla aconseja, al escudero llevarlo consigo al gobierno; y Sancho Panza apunta socarronamente en términos de doble sentido:

No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicho mucho...que yo he visto ir más de dos asnos a los gobiernos, y que llevara yo el mío no sería cosa nueva. (II, 33)

Aparte de la corrupción en los burócratas de arriba, como en los de abajo, la ignorancia y la incapacidad eran las notas distintivas del mundo de empleados de los Austrias, como nos lo describen los autores coetáneos en sus novelas y cuentos, comedias y dramas. En pocas palabras, los funcionarios de Estado eran mondos y lirondos de todo saber e inteligencia, y como los pinta Cervantes, ignorantes y los más de ellos analfabetos.

Y es justamente en la mofa implacable de la ignorancia de los regidores y alcaldes, donde la vena satírica del humor cervantino llega a su máxima expresión. A la luz de estas breves notas históricas, y a la de que el autor mismo pidiera en vano un puesto de alcalde en las Américas, podemos apreciar en todo su valor el énfasis que pone en este episodio. Siendo, además, el lenguaje empleado por todo extremo deleitoso, sus expresiones de una frescura asombrosa y su estilo brillante, reproduciré parte de la escena:

En un lugar que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que a un regidor dél, por industria y engeño de una muchacha criada suya,... le faltó un asno...-Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque este metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente; y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido.

...Y dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi a un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a buscarse, pensando que ya el jumento había parecido; y en viéndose dijo el perdidoso . -¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó? - No fue sino yo - respondió el otro. - "Ahora digo...que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca a rebuznar"... Terminadas estas reverencias, los dos volvieron a sus rebuznos dividiéndose, y finalmente, para no incurrir en el mismo error, se pusieron de acuerdo sobre un contraseño que les diera, a entender que eran ellos, y no el asno quienes rebuznaran.

Tócame, por último, reseñar las principales burlas dirigidas contra la Iglesia como gremio, no sólo religioso sino además social y político. Para comprenderlas, es necesario dilucidar, a grandes rasgos, el papel de la Iglesia y el cuadro general respectivo.

El sostén fundamental del poder político lo constituía, fuera de la aristocracia, la Iglesia católica; formando parte integrante de la sociedad feudal, era en aquel entonces un gran Señor terrateniente. El poderío económico de la Iglesia era enorme. Solo las rentas de las posesiones territoriales eclesiásticas se elevaban, hacia mediados del siglo XVI, a la mitad total de las del reino. Estas, empero, no eran las únicas fuentes de las riquezas clericales. La Iglesia solía abusar de las creencias religiosas del pueblo, aprovechando las prácticas del culto para enriquecerse aún más.

Pero más que todo, representaba una fuente política, que en España, a diferencia de otros países europeos, jugaba un papel por todo extremo importante. A ella le incumbía cuidar la unidad y la seguridad del Estado, con lo cual asumía una gran parte de funciones del mismo. Para sus fines políticos, se servía del Santo Oficio de la Inquisición, una de las más crueles instituciones policíacas de todos los tiempos. Además, habiéndose fundido con el feudalismo en la Edad Media la Iglesia extendió los dominios de su religión sobre las demás formas de la conciencia social, sobre el resto de la superestructura ideológica, y con sus óleos santificaba el orden político secular del feudalismo. Mediante su doctrina, basada en dogmas, ejercía la dictadura espiritual e ideológica sobre las mayorías, y por medio de la Inquisición reprimía cualquier intento, no sólo de rebelión sino de simple disentimiento. El enriquecimiento y el interés material se habían convertido en el principal móvil vital del clero, en su mayoría. Todo se vendía, y todo se compraba. A nadie se nombraba canónigo en premio de sus virtudes, todo era asunto de favor, de intriga, de dinero. A título de ejemplo voy a traer a colación la aventura del yelmo del Mambrino, en la que Cervantes en tono burlón llama el trueque de aparejos asnales por parte de Sancho "Mutatio capparum", o sea, cambio de capas cardenalicias, el día de Resurrección, agregando que el burro escuderial quedaba así mejorado a mil lindezas.

A la luz de lo anterior, no es de extrañarse si el Manco de Lepanto pone en solfa las oraciones, procesiones, sermones, santos y supersticiones, en una palabra, las practicas del culto externo, ya que el cristianismo de Cervantes se basa más en la conducta que en las ceremonias. En la aventura de la Cueva de Montesinos, por

ejemplo, hay una burla del rosario; en ella Montesinos aparece con un rosario de cuentas mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz. Aún mayor bufa del rosario se manifiesta en el uso del mismo para contar los azotes que Sancho debería darse en sus posaderas, pero que él aplicó contra un árbol.

La burla de los santos, verbigracia, ocurre en el encuentro de la pareja andantesca con los hombres vestidos de labradores que llevaban las imágenes de algunos santos. Como para muestra basta un botón, mencionaré sólo la de San Martín. En efecto, don Quijote, destapando su imagen, montado a caballo, apunta en tono irónico:

Este caballero también fue de los aventureros cristianos, y creo que fue más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debía de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda, según era de caritativo. (II, 58)

Tal flecha satírica lanzada contra el culto a este santo, que no siendo muy valiente tampoco era suficientemente caritativo para ser santo, da de lleno en el blanco con la socarrona observación de Sancho que es la siguiente:

...No debió de ser eso...sino que se debió de atener al refrán de que dicen que para dar y tener seso es menester. (II, 58)

La mofa de las oraciones acontece, entre otros episodios, en el de la visita que Sancho hizo a su señor don Quijote, cuando el ama viéndolos encerrarse, pensó que de aquella plática resultaría la decisión de la nueva salida, y por ello voló a casa del bachiller Sansón Carrasco a participarle las intenciones de su amo, y a buscar su ayuda. Creía que, por ser amigo de don Quijote, el bachiller podría disuadirle de su propósito. Y Sansón Carrasco, a fin de consolarla de uno u otro modo, le aconsejó:

... no tenga pena respondió el bachiller - sino váyase en hora buena a su casa, y téngame aderezado de elmorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá, y verá maravillas. A lo que replicó el ama: Cuitada de mí ... ¿la oración de Santa Apolonia dice vuesa merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascós. (11, 7)

La recomendación de rezar la oración de Santa Apolonia atribuyéndole un poder milagroso distinto del que tiene en la creencia popular, consistente en quitar el dolor de las muelas, es intencionada para poner en ridículo el culto de las oraciones, como para decir: tanto vale Pedro como Juan.

Dada la gran valentía de Cervantes, no era posible que dejase de caer bajo su pluma satírica la organización político-religiosa más temible de aquellos tiempos: el Santo Oficio de la Inquisición. Su burla implacable ocurre en la escena de la fingida muerte de Altisidora. He aquí como la describe nuestro novelista:

Salió, en esto, de través, un ministro, y llegándose a Sancho, le echó una ropa de bocacé negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coraza, al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díjole al oído no descosiese los labios; porque le echarían una mordaza, o le quitarían la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo; veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos arditos. Quitóse la coraza, vióla pintada de diablos; volviósela a poner, diciendo entre sí:
- Aun bien que ni ellas me abrasan, ni ellas me llevan. (II, 69)

La interpretación de la escena con la simulada muerte de Altisidora tiene su apoyo, asimismo, en el rötulo que encabeza el capítulo correspondiente a la burla de la Inquisición, y reza así:

Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino a don Quijote. (Ibidem)

La sátira contra esta poderosa autoridad eclesiástica, empero, no termina con la escena anterior, sino que llega a su apogeo algunos capítulos más adelante, en el instante preciso en que los dos protagonistas, de regreso a su pueblo, alcanzan la entrada del mismo, topando en un prado con el cura y el bachiller Carrasco que estaban rezando; escena ésta que Cervantes describe así:

Y es de saber que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero la túnica de bocacé pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle también la coraza en la cabeza, que fue la más nueva transformación y adorno con que se vio jamás jumento en el mundo. (II, 73)

Completa razón tuvo Cervantes en haber dado a entender que aquellas insignias inquisitoriales, símbolo de una institución que se llamaba cristiana, pero que en realidad, se regía por un sistema salvaje de represión y de odio, correspondían más a un asno, que a un ser humano.

En resumen, el humor que Cervantes derrama en su magna obra, no es un humor por el humor, y ni siquiera tiene por finalidad principal la de divertir al lector, sino que está cargado de un hondo sentido social y político. La risa en el Quijote, por consiguiente, desenmascara y mata moral, social y políticamente.

Universidad Nacional Autónoma de México